

Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el Nican Mopohua*, México, El Colegio Nacional y el Fondo de Cultura Económica, 2000, 202 p.

Símbolo religioso y cultural de los mexicanos, estandarte de los más nobles ideales que han definido el rumbo de nuestra historia, la Virgen de Guadalupe ha sido por más de cuatro siglos la patrona de un pueblo profundamente devoto a su culto.

La historia de sus apariciones a un humilde indio de Cuauhtitlán registrado en varios anales con el nombre de Juan Diego, ha dado motivo a acaloradas controversias entre los creyentes guadalupanistas y los antiaparicionistas. Sin pretender adherirse a ninguna de estas dos antagónicas y ya añejas posturas, Miguel León-Portilla presenta en este libro una nueva traducción del *Nican Mopohua* ("Aquí se refiere...") que la mayor parte de los estudiosos han atribuido a uno de los más desta-

cados alumnos del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, quien colaboró intensamente en el gran proyecto etnológico y lingüístico de fray Bernardino de Sahagún y quien se desempeñó por largo tiempo como gobernador de Azcapotzalco, de donde era oriundo: me refiero a Antonio Valeriano.

El doctor León-Portilla explica en la primera parte del volumen el origen y el contenido del manuscrito, redactado a mediados del siglo xvi, probablemente hacia 1556, pero que no salió a la luz sino hasta 1649 por Luis Lasso de la Vega, capellán de la ermita de Guadalupe, quien se ostentó como el autor del relato. En el esclarecedor análisis que antecede a la presentación del texto y a su reproducción manuscrita, se reconstruye la historia del documento que se considera el más cercano al original, conservado actualmente en la Biblioteca Pública de Nueva York, hasta llegar a la versión transvasada por Miguel León-Portilla. Este recuento diacrónico que pone de relieve la complejidad de la labor filológica nos arroja, no obstante, iluminadora luz en relación con la autoría y las diferentes versiones de la maravillosa historia.

Antonio Valeriano ha quedado identificado como el muy probable artífice del texto; así lo han sostenido Edmundo O'Gorman y otros estudiosos. Miguel León-Portilla, por su parte, propone otros argumentos que respaldan dicha hipótesis, y que tienen que ver con el esmerado estilo de la composición, pletórica de los procedimientos estilísticos más refinados del náhuatl, utilizados sólo por un gran conocedor de este idioma; también toma en cuenta para reforzar tal aseveración los muy posibles conocimientos que Valeriano había adquirido en el Colegio de Santa Cruz sobre los cuadros en los que la Virgen María se apareció en distintos lugares de España a personas sencillas para que fueran intermediarias de su designio. Para 1556, el culto a la Virgen de Guadalupe estaba muy difundido en México. No es por tanto difícil suponer que Antonio Valeriano, influido también por los grandes esfuerzos catequísticos de los frailes quienes organizaban representaciones teatrales para difundir el culto mariano y por la tradición popular de aquel momento, haya confeccionado esta espléndida pieza de la literatura mexicana.

Miguel León-Portilla establece en el estudio introductorio de su trabajo, asimismo, los nexos entre la copia más cercana al manuscrito primario con los que le precedieron. Se refiere a textos que fueron elaborados desde el siglo xvii hasta el xx; algunos de ellos, como el de Mario Rojas Sánchez, apoyándose en las versiones inéditas de Carlos de Tapia y Zenteno y Joseph Julián Ramírez, incorporan incluso breves fragmentos que no aparecen en los más antiguos manuscritos ni en el texto impreso por Lasso de la Vega, pero que presumiblemente

formaban parte de la narración como invita a suponer la secuencia lógica de la historia.

La labor de cotejo realizada por León-Portilla contempla también aspectos de carácter formal y lingüístico. A fin de establecer la versión más antigua, recurre al auxilio que pueden prestar el análisis de las grafías así como la identificación de la interferencia del castellano en el texto náhuatl. El empleo de determinadas letras, como la Ç ante e, i indica, por ejemplo, una mayor antigüedad del documento; de igual forma la notoria incidencia de la lengua española supone un más amplio contacto entre ambos idiomas y, por tanto, una realización posterior del escrito.

Miguel León-Portilla explica la manera en que procedió en la conformación del documento que incluye en este volumen. En primer lugar, tomó en cuenta el manuscrito inconcluso de "papel roto y muy viejo" conservado en la Biblioteca Pública de Nueva York, el cual complementó con el texto impreso por el bachiller Lasso de la Vega en el siglo XVII. Sin embargo, la forma en que dispuso la composición nada tiene que ver con la que aparece en aquélla. A fin de facilitar la lectura y de destacar los efectos rítmicos de las estructuras paralelas y de los difrasismos, esto es de la convergencia de dos frases de igual construcción de la que surge una tercera con sentido propio, prefirió disponerla a manera de versos para apreciar con mayor claridad los artificios estilísticos de los que se valió el sabio trilingüe de Azcapotzalco. Además distribuyó en cuatro grandes apartados que se dividen mediante números romanos las distintas partes que integran la historia: la primera contiene los diálogos iniciales que Juan Diego sostuvo con la Virgen y el obispo, respectivamente; en la segunda el indio informa a la Virgen sobre sus diligencias con el prelado; el tercer apartado cuenta cómo Zumárraga pide al humilde intermediario una prueba de ese designio divino; en la última se describe el portento de la imagen y las flores y el cumplimiento de la orden.

León-Portilla decidió apegarse a las características formales y conceptuales del manuscrito, por lo que optó por una traducción literal que deja al descubierto las peculiaridades del *tecpilahtolli* o "lenguaje noble" en que está escrita la narración. Pero la fidelidad que brinda en su transvase no le hace violentar las estructuras y los giros propios del castellano; no transgrede las reglas del sistema al que vertió esta hermosa composición de gran lirismo.

La noble Señora se apareció al indio Juan Diego en 1531, tal como se lee en el documento, en el mismo lugar donde los indígenas reverenciaban a Tonantzín (Nuestra madrecita) en su culto idolátrico. No fue difícil, por tanto, que los naturales concurrieran al cerro del

Tepeyac al que pocos años antes habían frecuentado también con fines religiosos, sólo que ahora para honrar a la madre del “Dios único y verdadero”, quien recurrió a un humilde *macehual* para que fuera el emisario de su mandato divino.

Juan Diego presenta ante el obispo Zumárraga la imagen de la Virgen plasmada en su tilma, acompañada de bellas y variadas flores imposibles de cultivarse en el terreno pedregoso de aquel cerro. Los que presencian la escena advierten que están frente a un milagro; a partir de este momento comprueban que la insistencia del indio sobre la orden que le dieran la Virgen para que se construyera su templo en ese lugar estaba plenamente justificada.

El mensaje de Tonantzin Guadalupe estuvo dirigido hacia los pobres, hacia los desposeídos; ellos fueron los destinatarios de este conmovedor relato. En el culto mariano que se difundió como parte del programa catequístico de los misioneros, quedaron incluidos también elementos propios del pensamiento mesoamericano; así lo demuestra Miguel León-Portilla en el estudio introductorio del volumen que venimos comentando. Identifica, por ejemplo, el significado sagrado del cerro, del *tepetl*, donde moraba el dios de la lluvia a quien se atribuía el renacer constante de la vida. En la cumbre de éste fue justamente donde Juan Diego contempló la gran diversidad de flores que en él se esparcían; lo que asombrado descubre el humilde *macehual* coincide con lo que eran *Xochitlalpan*, la tierra florida, *Tonacatlalpan*, la tierra de nuestro sustento, en el universo indígena.

Tonantzin Guadalupe es el testimonio de la interacción de dos culturas, síntesis de dos diferentes cosmovisiones, prefiguración de la realidad mestiza de los mexicanos. Enhorabuena por esta tan bien lograda versión de Miguel León-Portilla sobre esta joya literaria que nos permite revivir una vez más el portento guadalupano.

PILAR MÁYNEZ
(ENEP-UNAM-Acatlán)